

El Motín

PERIODICO SATIRICO SEMANAL

AÑO XVII. MADRID 27 MARZO 1897. NÚM. 18

EL MOTÍN

PERIODICO SATIRICO SEMANAL

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

PAGO ADELANTADO

Madrid y provincias, trimestre, 1.50 pesetas.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Número suelto, 5 céntimos.—Atrasado, 10.—Corresponsales, 20 números, 75 céntimos. La correspondencia al Administrador de EL MOTÍN. Cincuenta por ciento de rebaja á los suscriptores directos en los libros de esta casa. Almanaque de regalo.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
Fuencarral, 119, pral.

UN RUEGO

Sr. Director del periódico... (aquí el título de todo el que sea republicano, demócrata, liberal.)

Mi distinguido compañero: A la campaña de difamación del carlismo contra la libertad, debemos oponer la de la verdad contra la mentira; y para contrarrestar su propaganda, recordar al país sus crímenes.

¿Quiere usted hacerme el favor de indicarme qué documentos podrá consultar, ó á quién podrá dirigirme para saber los actos vandálicos que cometieron los carlistas en esa provincia, tanto en la guerra última como en la anterior?

Si usted (sería lo mejor) publicase en su periódico la relación detallada, yo la reproduciría en EL MOTÍN para avivar el odio hacia esa horda que trata de aumentar las desdichas de España llenándola otra vez de ruinas, anegándola en sangre y lágrimas.

Siempre á sus órdenes su afilmo. amigo y compañero q. b. s. m.

J. NAKENS.

¡VIVA LA FUSIÓN!

Ni un solo grito de ¡abajo los jefes! ó ¡viva la fusión!, se oyó en el Casino republicano la noche del escándalo. ¿Ni cómo había de oírse, si la mayoría era partidaria de la continuación de las fracciones?

El espectáculo se dió, no á beneficio de la fusión, sino de los partidos; no contra los jefes, á favor suyo. Nadie se ha fijado en esto, estando en esto la clave.

Si, hay que decirlo muy claro: los atropelladores del Casino fueron de los que desean que ni las fracciones se disuelvan ni los jefes acaben; los que están seguros de que su influencia terminará con la fusión; los que no se resignan á ser soldados útiles en el gran partido republicano después de haber actuado de jefecillos.

Fíjense bien los republicanos: ni un grito de ¡abajo los jefes!, ni un ¡viva la fusión! Groserías, insultos, agresiones anónimas... Repertorio de lacayos.

Así, adelante con la fusión, ya que los mantenedores de las jefaturas han obrado con tal torpeza, que han dejado al descubierto el verdadero móvil de su conducta: impedir la fusión.

¡ABAJO LOS JEFES!

Copia La Epoca lo que dicen varios periódicos monárquicos y uno republicano acerca de lo ocurrido en el Casino, y encabeza así los recortes:

«MANOJO DE FLORES... REPUBLICANAS

(Para Nakens, enemigo de los jefes y defensor de la fusión.)

¿Defensor de la fusión? Si; hoy más que ayer. ¿Enemigo de los jefes? Si; mañana más que hoy; porque ella únicamente puede acabar con los males que ellos han traído al campo republicano.

Si, ellos, al enseñarnos por conducto del Sr. Pi que en nombre de un principio, el pacto, se debe dividir y aniquilar un gran partido; ó por el del Sr. Salmerón, que es lícito alzar bandera aparte ante el enemigo común tomando pretexto de una cuestión de procedimiento.

Porque esto nos han enseñado ellos, obligándonos

además á corear sus odios, y convirtiendo la democracia en plazuela donde cada charlatán anuncia como el mejor su específico; ellos, que no han tenido ni un rasgo de abnegación, ni tomado una iniciativa provechosa, ni realizado un acto grande desde la restauración acá. Que se me cite uno solo.

Mas ¿cómo extrañarlo? ¿Acaso no son ellos los que nos dieron el 73 abrumadora suma de espectáculos vergonzosos, mucho más que el del Casino por la calidad de las personas que en ellos intervenían? De que la República se hundiera ¿quiénes fueron culpables sino ellos? ¿Se ha llegado hoy, á pesar de la indisciplina (?) y la demagogia (?) que corren, á decirle á ningún jefe lo que las gentes de Salmerón digieron á Pi en el célebre artículo titulado *El primer franco*, ni lo que las de Pi le digieron á Salmerón en el no menos célebre *El hombre hueco*? ¡Y en qué circunstancias! Cuando había que salvar la República.

Mas dejemos lo pasado; y vamos á lo presente.

¿La fusión! ¿No he de proclamarla y defenderla, si ella ha de acabar forzosamente con las jefaturas unipersonales, causa de todos los males que sufrimos? Sí; hay que llegar por ella á una organización poderosa que quite la esperanza de ser personajes á los ineptos, pero que al par impida á los que valen volver á actuar de reyezuelos de ópera bufa; hay que elegir los buenos donde estén, sin preocuparse de dónde han estado ni de dónde vienen, pero definiéndoles de tal modo sus deberes que no puedan faltar á ellos sin anularse; hay que prestarles obediencia y acatamiento, mas no consentir que resulten monarcas constitucionales irresponsables é indiscutibles.

Y esperando de ella todo eso ¿podría yo no defenderla y abstenerme de gritar, hoy con más fuerza que ayer: ¡viva la fusión! ¡abajo los jefes! ¡abajo las fracciones!

Por estas razones acepto orgulloso la dedicatoria de La Epoca, y procuraré merecerla más cada día.

MENTIRAS CONVENCIONALES

La escena del Casino fué inculta, brutal; esto no se discute.

¿Causas? Muchas, la principal esta: los de arriba no saben dirigir y los de abajo se cansan de esperar; de ahí la violencia y el apasionamiento triunfando de la prudencia y la serenidad.

Y es que, aun cuando lo neguemos, estamos viviendo de mentiras convencionales. Pregonamos fraternidad y nos destruimos, abnegación y cada cual piensa en él. Elogiemos á un jefe por enérgico, á sabiendas de que es débil; á otro por revolucionario, estando persuadidos de que no hace nada. Blasonamos de fuerzas que no tenemos, de recursos que nos faltan, de generales que no nos hacen caso, de regimientos que no sabemos ni dónde están.

Esta fracción se cree superior á la otra porque tiene más comités; la otra á más altura porque posee unos cuantos hombres de talento que no han sabido traer la República en veintidos años; la otra más autorizada por su abolengo; y no obstante, todas saben que separadas nada pueden.

Cuando la llaga que nos corroe se exagera, acudimos á curarla, sin cuidarnos de que se cierre ó no en falso. Esto nos pierde.

¿Rebasa el pueblo los límites de la queja y toca los de la amenaza? Paliativo al canto. ¿Nos acusa de que no le llevamos á la revolución? Cerramos en falso la herida empujándole á las urnas. ¿De que las elecciones no dan resultado? Vuelta á cerrarla en falso pactando la unión revolucionaria. ¿Fracasa ésta? Se crea un Casino. ¿Este se inaugura á palos? Unas cuantas frases de guardarropía contra la demagogia y la indisciplina. Nunca ahondamos en la herida. Tapamos el pus, y adelante.

De aquí mis esfuerzos por ver si en una Asamblea de republicanos de todas procedencias, (imposible de reunirse existiendo las fracciones), se acuerda comenzar á vivir la vida de la verdad, acabando con las mentiras convencionales que vienen debilitándonos y desacreditándonos.

CALMA, CALMA

Se explica que en los primeros momentos se le diera al acto del Casino proporciones colosales; siempre resultará anómalo reunirse para fraternizar y salir á estacazos. Lo que ya no se explica es que, re-

cobrada la calma y juzgando á sangre fría, se siga considerando aquello como un suceso nunca visto, y creyendo que estamos perdidos irremisiblemente.

El hecho en sí, despojado de toda poesía tremebunda, es este: las fracciones han enjendrado odios terribles; cada vez que se han reunido individuos de varias, se han tirado los trastos á la cabeza; en la Junta Central, compuesta de gente culta, en forma de frases mortificantes; en el Casino, á gritos y estacazos; duelo á florete, ó riña á navaja, total igual.

Sucedió en el Casino lo que todos preveían, y lo prueba el que hasta los partidarios de la lucha legal iban con sus revolucionarios revolvers. ¿De quién partió la agresión? Ni lo sé ni me importa; allá el juez que lo averigüe y ponga á la sombra á los culpables. Partiera de quien partiese, el espectáculo resultó poco edificante.

Mas una vez reconocido esto, declararé que me parece ridícula y pueril la conducta de los republicanos que se preocupan de lo ocurrido, diciendo los unos que la fusión es ya imposible, los otros que el partido republicano se ha deshonrado, y algunos que se retirarán á la vida privada si no se pone remedio eficaz á la indisciplina.

¿No advierten los que de tal modo se indignan ó se desalientan, que perjudican así nuestra causa más que los alborotadores del Casino? Porque el país se preguntará: «¿Y son estos los hombres en cuyas manos voy á poner mi suerte? ¿Unos hombres que se amilanan por sucesos relativamente nimios si se comparan con los que van á venir con la República? ¿Es esta la garantía que me dan de su virilidad y sus alientos?»

Y el país se preguntará eso con sobrada razón, pues debe preocuparle un poco esto de entregarse á merced de hombres que abultan y exageran los sucesos, pierden la calma y la serenidad al menor contratiempo, ó hacen depender la vida de una institución de cuatro alborotadores ó diez malvados.

EL PUESTO DE HONOR

¿Darse de baja en el Casino los salmeronianos y algunos hombres importantes? No lo entiendo.

¿Eran realmente polizontes, chusma, gentes pagadas las que armaron el alboroto? Al Casino, para ponerles el estigma: el reinado de la canalla es efímero.

¿Eran correligionarios influidos por malas pasiones, ó extraviados? Al Casino, para hacerles volver á la razón ó confundirlos.

¿Pero ceder, pero huir, pero dejarles libre el campo? Ni es político, ni habil, ni viril.

Los que tratan de infundir confianza á las clases conservadoras, han perdido una gran ocasión de demostrar entereza y carácter. Un rasgo de valor convence más que cien discursos: Rivero no hubiese dejado de ir al Casino.

Pero ellos ni fueron á la sesión, ni se atrevieron á provocar otra después, aun con la seguridad de que hubiesen triunfado. ¿No era el Casino la casa de todos? Fué torpeza dejarla á merced de unos cuantos. ¿Querían que naciese con autoridad? Debieron acudir los de más prestigio, y con esto se habría evitado el conflicto. ¿Que llega, á pesar de esto? Se afronta y se conjura. Y el país hubiera dicho. «¿Qué importa que la fiera enseñe los dientes si hay domadores que le impiden que los clave?»

¿Pero no haber hecho nada para evitarlo y venirse ahora con aspavientos, temores, pesimismo y anatemas? Eso es impropio de los llamados á gobernar la nación; darle importancia á elementos que no la tienen; hacernos pensar en que, si volviese la República, bastaría un sargento para derribarla, no ya un general.

¡Vaya una desgracia irreparable, que unos cuantos anónimos ó mal aconsejados alzarán sus bastones! ¿Había más que haber citado á otra reunión para desenmascarar á sus directores? Pero no; es más cómodo, y sirve mejor á ciertos fines, el lamentarse y escandalizarse.

Hay más: aun cuando la lucha no hubiera ofrecido probabilidades de éxito, deberían haberla sostenido. ¿O creen que van ahora á rehabilitarse ante la opinión imparcial exhalando inútiles quejas?

Vuelvan sobre su acuerdo y obren como deben, resulte lo que quiera, para que no pueda recordárseles con justicia la frase atribuida á la madre de

Ayuntamiento de Madrid

Boabdil al dejar á Granada y ver á su hijo anegado en llanto:

«Llora, llora como mujer lo que no supiste defender como hombre.»

OCASION PERDIDA

En el puesto del Sr. Salmerón, al día siguiente de lo del Casino les hubiera yo dicho á mis correligionarios:

«Añoche ocurrió una escena deplorable. Sin culpar á nadie, porque todos hemos puesto nuestras manos en la obra de la discordia, me dirijo á todos los republicanos con la autoridad que me da el haber sido mis hijos y mis amigos las víctimas, suplicándoles que, para acabar con lo que nos divide, trabajen por llevar pronto á feliz término la fusión que acabará con muchos de los males que lamentamos. Hoy mismo se reunirá el directorio centralista, é influiré para que se acuerde la disolución del partido.

Olvidando particulares agravios, hago un llamamiento al patriotismo, la cordura y la honradez de los republicanos, para que troquemos en bienandanza el incidente vergonzoso.»

Si el Sr. Salmerón habla así en vez de lanzar ó permitir que se lancen anatemas, á estas horas la fusión habría recibido gran impulso y él estaría acreditado de político hábil y hombre de corazón.

Nada más contagioso en España que las ideas grandes y desinteresadas. El pueblo hubiera respondido con creces á su llamamiento generoso, y el señor Salmerón se habría vengado de sus enemigos circunstanciales de una manera noble y provechosa para la patria.

LOS MONÁRQUICOS

Las lamentaciones del empalagoso Jeremías resultan alegres carcajadas si las comparamos con las que han lanzado estos días los periódicos monárquicos á propósito de las ocurrencias del Casino. Si se hubiera tratado de Cánovas y Sagasta (sus ídolos) no habrían sido más lacrimosas.

No han dado pruebas de perfectos monárquicos al lamentarse de que los republicanos nos destrozcamos. ¿Qué van perdiendo ellos con eso? De mí sé decir que me alegro mucho cada vez que veo escisiones y luchas entre ellos. Y con seguridad que, á pesar del amor entrañable que á última hora se ha despertado en sus pechos por los jefes republicanos, á ellos les ocurre lo que á mí. ¿Es tan humano alegrarse del mal del enemigo!

Permitanme decirles que se han pasado de listos en esta ocasión; su dolor al ver que nos destrozcamos encubre mal la satisfacción que les proporcionaba el vernos divididos en grupitos, saliendo á jefe por barba, con programas variados, é incapaces por esto de intentar algo serio contra la monarquía.

Si los periódicos republicanos que han copiado lo que los monárquicos han dicho hubieran meditado un poco, de fijo que no lo hacen. ¿Qué mejor prueba de que íbamos mal, que la de ver á los enemigos empeñados en que continuemos como hasta aquí?

LA PRENSA REPUBLICANA

Casi toda la de provincias da la nota pesimista al juzgar lo del Casino.

Mi opinión la he formulado, y no favorable ciertamente: condeno el hecho con la energía que el que más, pero no le concedo gran importancia. Mejor habría sido que no ocurriera; pero una vez ocurrido vamos por esto á romper nuestras vestiduras y sepultar nuestra frente en la ceniza?

No en modo alguno. En Senados, en Congresos, hasta en Academias y Universidades se han repartido palos muchas veces, y á nadie se le ha ocurrido creer que se venía el mundo abajo por eso. ¿Y vamos á creerlo nosotros, revolucionarios en más ó menos grado, pero convencidos de que la República sólo puede venir por un acto de fuerza?

Esas perturbaciones son pasajeras entre nosotros, pero se explican perfectamente pensando en que durante veintidós años se nos ha mantenido en actitud enervadora, viviendo alejados unos de otros por los egoísmos de fracción y las intransigencias de los que las han dirigido.

Debemos juzgar el hecho del Casino con más sangre fría, y darle sólo importancia circunstancial, local. Hacer lo contrario, sería declararnos incapaces del todo para gobernar el país.

Constantemente estamos diciendo que somos los más y los mejores, que en la República está la salvación de la patria, que se trabaja para agruparnos en un gran partido...

Pero he aquí que unos cuantos se reunen, discu-

ten, gritan, se apalean, y ¡adios todo!; ya ni somos nada, ni valemos nada, ni podemos nada, y todos los sacrificios hechos, todos los propósitos grandes, todas las aspiraciones patrióticas maldito lo que significan. Las conteras de cuatro bastones son más poderosas que nuestra voluntad.

¿Es esto lógico? ¿Es siquiera serio? ¿No resulta hasta depresivo el suponer que media docena de necios ó de exaltados pueden disponer de la suerte de la República? ¿Debe subordinarse nuestra actitud á pequeneces de esta clase?

Por favor, queridos colegas; ya que en los hombres de arriba no haya previsión, ni serenidad, ni valor, no perdamos nosotros la prudencia; ya que ellos no se han curado del miedo que les acometió la vergonzosa noche en que fué barrida la República, conservemos nosotros la calma necesaria para que no crea el país que todos somos lo mismo.

¿Qué va á esperar de nosotros, los destinados á afrontar conflictos terribles, si nos vé asustados y decaídos ante un incidente sin consecuencias, queriendo los unos retirarse á la vida privada, los otros apartándose del lugar donde hay que combatir, éstos indignándose como nunca lo hicieron ante los monárquicos que fusilaron á los republicanos ó asesinaron á los obreros en Río Tinto, aquéllos derrochando energías que hubieran tenido adecuado empleo el 3 de Enero? ¿O es que son de los que tiran á los tigres con mostacilla y á los gorriones con bala?

De todo lo que he oído y leído estos días, nada me ha hecho pensar más que la actitud de la mayoría de la prensa republicana. ¿Si realmente nos faltarán condiciones para salvar y regenerar el país?

¡PÍCAROS LEGALISTAS!

A los señores Vega, Marín, Lacort, Pardo, Camacho, Polo, Artola, Vazquez (Francisco), Pérez (Alejo), Fernández (Santiago), Iglesias (Paulino), exjefes y oficiales del ejército, así como á los exsargentos que se encuentran en el mismo caso:

Me habéis engañado; y no sólo á mí, sino al partido, á toda España.

¿Con que ahora resulta que todo aquello de sublevaros, perder carrera, pan, porvenir, estar emigrados ó en presidio, encubría hipócritamente el criminal propósito de ir á las elecciones? ¿Con que no érais más que unos miserables legalistas disfrazados de revolucionarios? ¿Con que el jugaros la cabeza fué con la idea de ser diputados ó concejales? ¡Ah! En el pecado llevastéis la penitencia; la ambición os cegó; equivocastéis el camino.

Para ser algo de eso, hay otros más seguros: estos por ejemplo: visitar heroicamente á todo el que disponga de votos en un distrito; hablar en reuniones públicas de moralidad y revolución, sin temor á las iras del vil sicario del gobierno que asista á ellas; gastarse denodadamente unos miles de pesetas en carteles ó cédulas; ó, desafiando valerosamente el peligro, encaramarse á vida ó á muerte en un coche á uso de sacamuelas, y recorrer los barrios de Madrid apeándose en cada taberna, cuando no llevando al lado, cual símbolo redentor, un pellejo de vino para ir regando el árbol sacrosanto del entusiasmo electoral.

Así se llega, (ó al menos así han llegado algunos), al Congreso y al municipio; no sacrificándolo todo como vosotros habéis hecho, ¡imbéciles!; no condenándose voluntariamente á muerte civil, que no otra cosa es la situación en que os encontráis.

Hasta ahora que os habéis quitado la careta, pasabáis por revolucionarios: «¿qué mas prueba de serlo, nos decíamos, que haber perdido por la República porvenir, carrera y patria?» Por fortuna os hemos conocido ya, y á nadie engañaréis en adelante.

No, empedernidos legalistas; á nadie engañaréis: el *Novísimo Manual del perfecto revolucionario* nos ha enseñado que, para serlo, lo primero que se necesita es no haber expuesto nada ni hecho nada; que la única prueba, plena é indiscutible, para presumir de tal, es chillar por calles y plazas entre agentes de policía, anunciar la revolución para el mes próximo, barajar nombres de generales y regimientos, hablarse á voces al oído, pedir carabinas en los *meetings* delante del delegado de la autoridad, proclamarse procuradores y representantes del pueblo; y cuando, en noches como la del 19 de Septiembre en Madrid, un general y unos oficiales y unos soldados proclaman la República, ponerse cómodamente al acecho en un café ó en casa, para echarse á la calle en guisa de héroes si se gana, ó quedar en perfectas condiciones de lavarse las manos si se pierde, sin perjuicio de afirmar después que se estuvo en los sitios de mayor peligro, para continuar pasando por revolucionario terrible.

Este es el camino. Y el que no lo siga, el que haga lo que vosotros se verá tachado de *legalista* por

los que, como Cachupin, se quedaron en casa mientras salíais de los cuarteles al grito de: ¡viva la República!

¡POBRES MUJERES!

La prensa ha hecho notar que en el Carnaval pasado los hombres mostraron predilección por disfrazarse con trajes femeninos.

¿Y se admira de eso? O lo hace irónicamente, ó no se ha fijado en que la mayor parte de los males que hoy lamentamos se debe á la raza de hombres-mujeres que ha aparecido en España. Porque estamos, mal que le pese á nuestro viril abolengo, en plena isla de San Balandrán desde hace algunos años.

Y no me refiero, aun cuando bien podría, á la afeminación fisiológica, pues no trato de exhibir suciedades: refiérome á la afeminación moral é intelectual.

Se abren los periódicos y se leen revistas de salones en que el detalle modistil, la frase acaramelada y el concepto aterciopelado alejan toda idea de que es un hombre quien las escribe.

En nombre de una falsa cultura se proscriben del lenguaje las palabras más gráficas y expresivas, y se llama dureza de estilo á lo que es sólo noble expresión de la verdad.

Las medias tintas dominan en todo. La buena educación se hace consistir en una cobarde benevolencia con las faltas ajenas; la cortesía en ridículas contorsiones y juegos asquerosos de cintura; las modas tienden á poner de manifiesto las formas, y hay hombres que usan corsé y faja de suspensión. La bicicleta ha venido á patentizar el afeminamiento; prohíbese que los hombres enseñen las pantorrillas y el escote, y la afición disminuirá.

Entrar en una peluquería avergüenza; á tales recursos apela para parecer bonito el ser que dicen que hizo Dios á su imagen y semejanza. De perfumes no hablemos: cuando las mujeres de buen gusto se van convenciendo de que huele bien la que no huele á nada, los hombres vuelcan sobre sus ajustados trajes y carnes velludas tarros enteros de esencias.

Se ven por esas tiendas de ropa unas camisas que diz que usan los hombres para dormir, con tanto pliegue y tanto cordoncito y tanta moneña, que aun parecen demasiado delicadas para aristocrática doncella.

De esta tendencia se resiente todo: el arte, la literatura, el periodismo, las ideas que dominan, las resoluciones que se toman; todo resulta flojo, meloso, femenino, en una palabra.

Al paso que vamos, y si un gran sacudimiento no viene pronto á redimirnos, no van á quedar en España mas hombres... que las mujeres. Las mujeres, que deben sentir profundo desprecio hacia esta generación de *afeminados* en gustos, costumbres é ideas, que vive del chisme, tiembla ante el peligro, no afronta los sucesos contrarios con ánimo entero, tiene crueldades de niño mimado, y á quien le está mejor la rueca que la lanza, el encaje que la coraza, la zapatilla bordada en oro de la odalisca que el duro borceguí claveteado del valeroso castellano; generación nacida para bailar rigodones, alimentarse con crema, vestirse de gasas, hablar en música, batirse á alfilerazos, y hacer sonrojar á las mujeres que han tenido la desgracia de coexistir con ella.

CRÓNICA

¿Ustedes no saben lo que pasa en *La Universidad*, de San Salvador?

—Algún motín de estudiantes—dirán ustedes.

—No, *La Universidad*, de San Salvador es una revista, órgano de dicho centro docente, ó mejor dicho, indocente, puesto que permite que en esa publicación salgan las cosas que salen.

Lo primero que encuentro, en el número de Enero, es un artículo... ¿de quién dirán ustedes? Pues de D. Gaspar Nuñez de Arce. Yo he estado dudando mucho tiempo sobre quien enriquecía de más ripios la poesía patria, si el autor de los *Gritos* (que parten el corazón) ó el de los *Dolores* (de cabeza). Por fin,

he hecho justicia al Sr. Nuñez, acusador de Darwin y exministro de Ultramar.

El Sr. Nuñez de Arce es uno de los más limitados literatos españoles; como poeta, no se encuentra en toda su obra una sola idea grande, algo de original, de vigoroso, de revolucionario, si ustedes lo quieren. Sus poemas son tontos como sus discursos del Senado, y sus discursos son tan anodinos, de una *platitud* de tan inmensa como sus *Grilos*.

Campoamor es un artista; tiene delicadeza, flexibilidad, ternura, arranques geniales de un pensador que se ríe de muchas cosas sacrosantas; es además un psicólogo, tan conocedor como el primero, como Stendhal ó Bourget, por ejemplo, del alma femenina. Nuñez de Arce, no; como Quintana—monumento de una sola pieza, como creo que le ha llamado *Clarín*,—no sabe más que cantar en un solo tono; se parece á esos periodistas republicanos que fuera de los *fondos* ampulosos, no saben hacer nada. Se le ha llamado «el poeta de la duda,» y sin razón. No puede ser poeta de la duda quien maldice de Darwin y de Voltaire. Porque Nuñez de Arce es un conservador á macha martillo, mejor diré, un reaccionario. La medula de su poesía es ese espíritu de escepticismo que viene reinando entre nuestra burguesía ilustrada del 70 á la fecha.

Nuñez de Arce no espera nada de los tiempos futuros, no cree en un *avenir* justo, no ve la marcha de la humanidad hacia ese *sueño*. No sabe nada, lego completamente como es en ciencias físicas y en sociología; sólo ve, lo que vería un banquero ó un industrial metidos á poetas y que tuvieran el *tic* leopardin: abismos, catástrofes, despeñaderos, etc., etc. (Léase si no su prólogo á las poesías de *Larmig.*) No se le ocurriría nunca á ese industrial ó á ese banquero, ahondar en el organismo social, inquirir las causas precisas y exactas del mal, hacer, en fin, en la poesía, lo que en la ciencia social ha hecho Sebastián Faure con su libro *La Doleur universelle*. Al Sr. Nuñez de Arce tampoco se le ha ocurrido eso, ni cómo se le había de ocurrir?

Bueno; pues el respetable exministro de Ultramar ha escrito en *La Universidad* un artículo sobre Montalvo; seamos castos, acerca de Montalvo.

Dice hablando del escritor americano:

«Sin embargo, bajo aquella apariencia fría y melancólica, ocultábase quizás un ser humano atormentado por pasiones ardientes, de voluntad firme y concentrada, receloso, inquieto, enamorado tal vez de un ideal imposible, porque no debía existir sino en los anhelos de su alma.»

La lógica es digna de un senador. Era imposible su ideal porque sólo existía en los anhelos (!!) de su alma; como si digéramos, en las repugnancias de su espíritu.

Continúa:

«En una de nuestras entrevistas tuvo Montalvo la bondad de regalarme su obra más importante contenida...»

Contenida, dirá el lector, en alguna caja, en un paquete. No, «contenida, bajo el título de *Los siete tratados*, en dos tomos bastante voluminosos.»

D. Gaspar, purista:

«En aquel cuerpo de criollo, apacible y al parecer indolente, encerrábase, según yo había creído, un espíritu audaz, *impulsivo*, como ahora se dice.»

«Era á la vez, un hombre de pensamiento y de acción, aptitudes que no suelen reunirse á menudo en un mismo individuo.»

Y á veces no se encuentra ninguna de las dos. ¿Verdad, Sr. Nuñez?

«En tales momentos, todo varía bajo la pluma de Montalvo, el fondo, el tono, hasta el lenguaje—lo cual constituye, á mi ver, su mayor fuerza *sugestiva*.»

Como ahora se dice también, D. Gaspar.

«A un período que por su elocuencia persuasiva, envidiarían los críticos de nuestro siglo de oro.»

¿Qué críticos son esos? ¿Los de nuestro siglo de oro ó los que critican ese siglo?

D. Gaspar dudando (estilo 1860):

«La obscuridad es el misterio, es lo desconocido, y lo desconocido y el misterio son la esencia del infinito que guarda el secreto de ese terrible *más allá* de la vida, hacia el cual tiende sin cesar el espíritu sus alas fatigadas, pero nunca quietas.»

Poesía pura:

«El tiempo apremia, las cuartillas en que vierto mis impresiones...»

Gramática de D. Gaspar (habla de que en el estilo de Montalvo, á un período fácil sucede...)

«Otro período trabajado con visible esfuerzo, apenas inteligible, y en ocasiones tan indescifrable y obscuro como los signos que alguna tribu prehistórica ha dejado grabado en las paredes de sus cavernas.»

D. Gaspar, filósofo (por lo que decíamos):

«No abandono, sin embargo, el propósito de vol-

ver sobre este interesante asunto, que solicita mi deseo y que me dará ocasión para formular mi juicio sobre los moralistas contemporáneos, esos directores espirituales de nuestro siglo, tan abrumado de sombras, dudas, inquietudes y negaciones. Vale la pena de estudiar esta triste manifestación del pensamiento humano, que anda á tientas buscando, llena de ansiedad creciente, algo con qué sustituir en la mecánica social los ideales que se han malogrado, las creencias que se han desvanecido y los dioses que han muerto.»

En fin, ¿para qué cansar más? Para muestra de cómo anda D. Gaspar de psicología, basta decir que después de haber tratado de explicar el carácter de Montalvo, en tres ó cuatro columnas de letra menuda, añade esto:

«Bien quisiera examinar la obra del escritor á quien ligeramente juzgo, desde el punto de vista moral.»

En el mismo número de *La Universidad*, el *Conde de Kostiz*, ó sea el Sr. Valdivia, literato cubano que es una calamidad, hace un retrato literario de Goncourt que no hay por donde cogerlo.

Dice entre otros desatinos:

«Su aspecto era el de un árabe á quien hubieran bautizado tres generaciones.»

Muestra de la crítica profunda del Sr. Valdivia:

«El Teatro también fué su especialidad. Su *Theatre* donde figura el conmovedor drama: *La patrie en danger* forma un volumen de sus obras completas.»

El Sr. *Conde de Kostiz* siente no ser nn Goncourt: «Debe ser difícilísimo cuando no lo he conseguido á pesar de mi amor al arte y sólo al arte. Pero si el progreso es una verdad, en algún otro mundo escribiré mejor y alcanzaré ese renombre por el cual lucho aquí inútilmente.»

Amén, Sr. Valdivia.

También en la misma *Universidad* (¡que se han vuelto locos en San Salvador!) se dispara otro señor *pinando* á Grilo.

Vean ustedes lo que dice el Sr. Martí, nombre del preopinante:

«Es tal vez el único poeta cuyos lánguidos versos revelan el verdadero elemento poético de una tierra donde los granados florecen y donde los ríos, como el pensamiento en un cerebro indolente, corren soterrados.»

Ya lo sabe el lector: fuera de España los granados no florecen. ¡Qué fortuna la nuestra!

Gracias de Grilo:

«Grilo se hinca de rodillas en un camino desierto ante el cortejo fúnebre de una aldeana, y sorprende la confesión de una doncella llorosa.»

Debe ser curioso ir pensando con Grilo por un camino y verle de pronto arrodillarse ante una aldeana. Continúa el Sr. Martí (y esto es más grave):

«El Conde de San Luis le sacó de la obscuridad, y de aquí su amor á los condes.»

Pero será á los condes jóvenes; porque ¡cualquiera por muy Grilo que sea, se enamora del conde de Chestel!

Esas cosas no deben decirse en público.

Puede tomar celos el marqués de Premio Real.

J. MARTÍNEZ RUIZ.

ORGÍA DE VINO Y SANGRE

El 21 de Diciembre de 1873 entraron los carlistas en Sagunto, celebrando, como de costumbre, su fácil victoria con asesinatos y robos.

La primera víctima fué don Eduardo García Matosés, escribiente del ayuntamiento; iba á cumplir con su deber, lo conoció el *requeté*, (que así llamaban á los aprendices de bandido que los carlistas llevaban en sus filas), y acosándolo con sus bayonetas, cubriéndole de heridas, lo llevó hasta las inmediaciones de la ermita de la Sangre, frente á su misma casa, y allí, en presencia de sus dos hijos pequeños y de su esposa en cinta, fué, no fusilado, muerto lentamente á tiros para que se prolongase su agonía. Después le despojaron de sus ropas, hasta de las interiores, y uno de aquellos canallas defensores de Carlos VII y la religión, hizo sus necesidades sobre el rostro del cadáver aún caliente.

Á Enrique Vives, joven ebanista, lo asesinaron á bayonetazos cuando huía hacia el castillo para reunirse con su padre. Este, que era sargento de la compañía de *Guías de Sagunto*, de guarnición en el castillo, estuvo contemplando durante tres días el cadáver de su hijo tendido en el camino de la fortaleza y destrozado á bayonetazos. Nadie podía enterarlo, pues el *requeté* amenazaba con asesinar á todo el que lo intentase, y se reía del dolor que experimentaba el pobre padre viendo á todas horas el cadáver de su hijo, ya casi putrelaeto.

Manuel Torres y Pascual Segovia también fueron asesinados cuando se dirigían al castillo.

El robo, el pillaje y los apaleamientos dominaron la ciudad durante tres días. Los granujas del *requeté* iban con latas de petróleo rociando las puertas y paredes de los edificios públicos, amenazando con incendiar también las casas de los liberales. La casa de la ciudad lo fué por completo; también fueron quemados el teatro, el juzgado y la escuela con todo su mobiliario y documentos.

El archivo municipal, que contenía documentos importantísimos para la historia del antiguo reino de Aragón, fué rociado con petróleo y entregado á las llamas. La cárcel también fué incendiada, pero la pillería carlista, influida por las simpatías de clase, puso antes en libertad á todos los criminales que estaban en ella. Con petróleo fueron también incendiadas las puertas del recinto.

Y mientras el incendio rugía en muchos puntos de la ciudad y torbellinos de llamas se alzaban sobre los tejados, los carlistas, completamente borrachos, bailaban en las plazas con la mayor desvergüenza agarrados á impúdicas mozas muy conocidas por su beatería, con las que rodaban libinidosamente por el suelo, y...

La bacanal monstruosa de incendios, robos y sangre, duró todo el tiempo que los carlistas permanecieron en Sagunto. Las mujeres honradas se ocultaban en sus casas, temiendo á aquella horda de sátiros borrachos.

Las puertas de las casas ricas eran destruidas á hachazos, y los ladrones se esparcían por el interior: los objetos de oro y plata, los de bronce y latón, las prendas de ropa, los comestibles en conserva, todo, absolutamente todo era robado por los carlistas. Lo que no les gustaba lo vendían ó lo cambiaban entre sí, pegándose algunas veces por cuestiones relacionadas con el saqueo. La familia que intentaba quejarse era apaleada. En casa del alcalde D. Ramón López, antiguo y probo liberal que había ido á Valencia para solicitar auxilio de la autoridad militar, no dejaron los carlistas mas que las paredes. De la de un voluntario llamado el *Rullo* también se llevaron todo.

Entraban en las bodegas, y no contentos con hartarse de vino, rompían á culatazos los toneles y tinajas, para quedar al fin en el suelo roncando como cerdos, revolcándose en un lago de vino y aceite. La riqueza de muchas honradas familias quedó destruída en menos de una hora por aquellos cafres.

Á Cucala le estorbaba que la ciudad tuviese murallas, y dió un pregón amenazando con fusilar á todo vecino que á las tres de la tarde no se presentase con las herramientas necesarias para derribar el recinto. Hombres de todas edades y clases, hacendados poco acostumbrados á tan rudo trabajo, jóvenes ilustrados de escaso vigor físico, respetables ancianos, todos, formando lastimero cordón de esclavos y entre dos filas de facinerosos con boina y garrote en mano, tuvieron que ir á derribar las murallas.

Toda la noche duró la pesada tarea. Golpes sin compasión caían sobre aquel que vencido por la debilidad y el cansancio se detenía un instante, y al amanecer estaban ya por el suelo aquellas murallas que los mismos saguntinos levantaron para su defensa.

Cucala, ávido como siempre de recoger dinero, cobró al vecindario *cuatro trimestres de contribución*, amenazando con fusilar á todo el que no satisficiera aquel tributo al bandidaje.

Ya tenía cuanto deseaba: dinero para su rapacidad insaciable, sangre derramada por adelantado y la que pensaba derramar, pues tenía en su poder muchos prisioneros. ¿Combatir?... No. Sólo los soldados, los hombres honrados que abrazan una causa por entusiasmo, se batían y dan su sangre. Los bandidos únicamente saben robar, asesinar y echar á correr.

Por esto Cucala, apenas vió las avanzadas de la brigada Gólfín, salida de Valencia en socorro de Sagunto, echó á correr. Estaba en la mesa cuando supo que los liberales se aproximaban, y montó á caballo abandonando el almuerzo.

Su gente salió á la desbandada; todos aquellos asesinos borrachos pusieron pies en polvorosa, huyendo sin orden ni concierto, siendo tal su miedo que, á pesar de ser ladrones de arraigada vocación, abandonaron gran parte del botín. Con la gente que juntó durante la fuga fué Cucala á Gilet, á donde con anticipación había enviado los rehenes y prisioneros.

Para apreciar lo que los carlistas robaron en Sagunto, baste decir que en su huida abandonaron dos acémilas cargadas de plata, y en el molino de Gilet un gran saco de dinero.

Cucala se llevó de Sagunto 40 personas; 23 contribuyentes en rehenes para el pago del resto de la contribución que había impuesto, procedimiento de secuestradores, y 17 voluntarios liberales.

Su suerte estaba ya echada. En Gilet quiso Cucala fusilarles, y lo hubiera hecho á no ser por que el jefe de los carlistas de dicho pueblo protestó de ta,

crimen. Cucala, discutiendo con él, le dijo que él sólo reconocía como carlista al que deseara beberse la sangre de todos los liberales.

Ladrones, asesinos, incendiarios, lujuriosos, borrachos y cobardes, los carlistas que entraron en Sagunto no desmintieron el juicio que España tiene formado de los genuinos defensores de la religión.

LOS ASESINATOS DE BECHÍ

El 23 de Diciembre de 1873 llegó Cucala á la Vall de Uxó con los voluntarios liberales prisioneros en Sagunto y los contribuyentes secuestrados. El 24 salió para Onda, pero al llegar al Pla de les garroferes, donde está la pequeña aldea de Bechí, se detuvo, y avanzó hacia los prisioneros al frente de los bandidos que le acompañaban.

Mandó que se colocasen á un lado los contribuyentes de Sagunto y á otro los voluntarios, y hecha esta separación, volviéndose hacia los últimos y les dijo:

—El que vullga confesió que la demane.

Momento supremo. Los contribuyentes y los voluntarios, separados en dos grupos, miráronse asombrados, atónitos; sabían que Cucala era un asesino, pero jamás creyeron que con tanta frialdad pudiera disponer de sus vidas. Preguntábanse si habrían oído mal, pero la actitud de Cucala no daba lugar á dudas. Con más frialdad aún, como quien dice la cosa más natural, añadió:

—Ya ho sabeu. Vos vaig á f... El que vullga confesió que la demane.

No había que dudar; iban á ser vilmente fusilados; un pelotón de carlistas preparaba ya las armas para hacerles fuego.

Uno de los voluntarios, hombre animoso, quiso interceder por sus compañeros y se levantó. No había momento que perder, pues el cura de Cucala, que iba con sable, revolver y capa blanca como el cabecilla, se aproximaba ya hipócritamente al grupo de los prisioneros, preguntando áspera y despreciativamente si alguno quería confesarse.

El voluntario se acercó á Cucala y comenzó á hablarle, haciéndole ver que era un infame asesinato fusilar hombres honrados sin formación de causa ni el menor simulacro de justicia, únicamente por ser liberales. A las pocas palabras se detuvo asombrado: acababa de sonar á su espalda una descarga cerrada.

Volvió la cabeza y vió á sus infelices compañeros en el suelo, revolcándose en un gran charco de sangre y lanzando ayes de agonía.

El grupo de contribuyentes secuestrados estaba á pocos pasos de las víctimas y presencié el horroroso cuadro. Algunos, pálidos de terror, volvieron la cabeza y los carlistas les gritaron que mirasen á los caídos, pues de lo contrario sufrirían igual suerte. Uno iba á desmayarse, cuando un defensor de la religión, al ver que perdía el color y sus piernas flaqueaban, le atravesó el brazo de un bayonetazo para que se fuera en la ejecución.

Los voluntarios yacían en el suelo, cadáveres los unos, mortalmente heridos los otros. El uno se despedía con lastimera voz de su esposa y sus hijos, el otro consagraba á sus pobres padres las últimas lágrimas de dolor, y todos morían maldiciendo al infame que presenciaba impasible escena tan horripilante.

Por fin, cansado de oír sus lamentos, Cucala se volvió á su gente diciéndola.

—¡Acabeu á estos pillos!

Y uniendo la acción á la palabra, espoleó su caballo y pasó por encima de sus cuerpos ensangrentados.

Todas las fuerzas de infantería y caballería le imitaron; las herraduras de los caballos y las alpargatas de aquellos bárbaros se hundían en los cuerpos palpitantes, triturando los destrozados miembros.

Tres veces pasó toda la partida por encima de aquel montón de cadáveres, convirtiéndolo en amasijo de carne y sangre. Los granujas del requete celebraban la diversión con grandes risotadas, y las lanzas y las bayonetas se hundían en el montón de carne destrozada: algunos jugaban á la pelota con los miembros. La mutilación fué horrible.

El voluntario, que logró escapar porque Cucala ya no se acordó de él, y que se llamaba José Moros, se escondió, y de allí á largo rato, no viendo facciosos por ninguna parte, volvió al sitio de la carnicería, donde encontró estupefacto el alcalde de Bechí.

Cuando el alcalde supo quién era Moros, pidió que le ayudase á identificar los cadáveres, mas no le fué posible conocer á todos en el primer momento; se habían cebado de tal manera en ellos, que había muchas cabezas separadas de sus troncos y muchos cuerpos de que era imposible encontrar los restos.

He aquí los nombres de aquellas víctimas: Ramón García Estopiñá, José Baquero Lluésma, Ignacio Rangel García, Bautista Sansano Palanca, Antonio Alcázar Abril, Vicente Mateu Antonino, Castor Mu-

noz Gómez, Baltasar Masiá Lluésma, Vicente Gómez Roca, Ramón Vicent Andreu, José Martínez Beltrán, Andrés Vitoria Rius, José Aleixandre Ferrer, José Maties García, Ramón Gascó Mora, el Carabinero, natural de Algar. ¡Entre los muertos había un niño de 14 años!

El cura que acompañaba á Cucala se llamaba Fernando Rodríguez Blasco, reside en Francia, y todos los veranos visita á Navajas, su pueblo natal. En los asesinatos de Bechí alentó á su jefe para que rematase sin compasión á los negros.

A los contribuyentes secuestrados les manifestó Cucala que si dentro de tres días no le entregaban en Onda 8.000 duros, los fusilaría, y que para hacerlos comprender les había obligado á presenciar el martirio de los voluntarios en Bechí. Los ocho mil duros le fueron entregados.

De esta manera tan horrible como cobarde terminó Cucala su campaña de 1873.

Un historiador de la última guerra dice de aquel bandido que confesaba y comulgaba:

«Una atmósfera de sangre rodea á este cabecilla, lo mismo que á varios miembros de su familia; sangre que hace repulsivo su nombre y que la sociedad mire á los Cucalas como caines marcados por el dedo de Dios, negándoles patria, familia y hasta condición humana.»

Epilogo de los asesinatos de Bechí:

Cuando hablaron á don Alfonso y doña Blanca del espantoso crimen de Cucala, ésta contestó:

—Aun ha hecho poco.

Se necesita haber frecuentado mucho los templos para adquirir ese grado de ferocidad.

MANOJO DE FLORES MÍSTICAS

Según dice un querido colega de Valencia, el pueblo de Villamarchante es una manigua poblada de beatas insurrectas.

Hubo un cambio de párroco; no les pareció bien el nuevo, y el día de Reyes penetraron en el templo gritando ¡muera el cura!, apedrearon la casa en que vivía, y con gusto le hubieran limpiado el polvo de la sotana.

Hace pocos días despertóse de nuevo el espíritu de insurrección en el católico rebaño, y se organizó una manifestación que recorrió las calles, llevando una bandera con el piadoso letrero de ¡muera el cura!

Pero esta vez, gracias al arzobispo de Valencia, el castigo ha seguido á la culpa, y las discolas católicas de Villamarchante se han quedado sin misa, rosarios, letanías ni sermones, por haber sido cerrado el templo y emigrado el personal eclesiástico.

Bien merecido tienen ese terrible golpe de cayado las ovejas descarriadas de Villamarchante, mas no debe parar ahí: para quitarles todo lazo de unión con los curas á quienes insultan, se debería privar á esas revoltosas del honor de contribuir con la parte que les corresponde al sostenimiento del clero.

Y con dinero y sin curas, ¡justa pensar lo que padecerían!

Falleció un pobre hornero en Masalavés; la viuda fué pidiendo limosna para el entierro y sólo reunió tres pesetas.

Corrió á dárselas al cura, el que se negó á rezar por tan poco dinero. La mujer salió llorando.

Si fué por la tristeza de verse abandonada y desatendida, justificadas estuvieron sus lágrimas; mas si fué por creer que el compañero de su vida necesitaba de los rezos del cura, mal hizo en verterlas.

Si hubiese otra vida y se necesitase algún requisito para renacer en ella, no sería el de una oración mascullada á regañadientes y cobrada con usura: bastaría una lágrima de una persona amada.

Créalo esa infeliz.

En varios puntos de España se han constituido sociedades tituladas *Amiguitos del Niño Jesús*, reuniendo á los niños todos los jueves por la tarde para explicarles la doctrina, previa entrega de cinco céntimos.

¡Cinco céntimos! ¿Quién le dijera á cada niño que acaso esa pequeña moneda que entrega, irá con otras por criminales caminos á una fábrica de cartuchos, de donde saldrá el que ha de matar á su padre ó á su hermano? Pues no hay que darle vueltas: todo lo que hoy se inventa para sacar cuartos en el campo clerical, va derecho á los carlistas.

Contribuid, pues, liberales de ojaldre.

Fijense mis lectores, y verán que cada cura sueña ir ahora por las calles acompañado de un jovencito.

¿Por qué será, cielo santo? Atrevidos pensamientos acuden á mi cerebro, tan atrevidos que no me atrevo á expresarlos.

Lo que he observado, es que casi todos los jóvenes

están muy flacuchos y llevan marchito el rostro y la mirada anagadita. Se conoce que les dan muy á menudo acelgas á comer, ó que les imponen atroces penitencias.

Aconsejo á la juventud que se aparte de la gente de Iglesia, si quiere conservarse sana y robusta.

¿Pareció la hermosa joven que ha poco robó de casa de sus padres un cura de un pueblo inmediato á Alcalá Real?

No lo pregunto por mera curiosidad, sino por la envidia que me inspira ese clerimico.

Siguen los curas de la diócesis de Mondoñedo furiosos contra su obispo, porque les rebajó los derechos de arancel y hace muchas obras de caridad.

¡Qué lástima de obispo! Merecía no serlo y tratar con personas de más categoría moral é intelectual que esos curas groseros é interesados.

Que los encierre en el Seminario, los ponga á pan y agua, sin permitirles ver amas ni sobrinas; y si quiere acabar de reventarlos, obliguelos á que aprendan á leer y escribir, y se le someterán incondicionalmente. ¡Poquito horror que tienen ellos á instruirse!

José Merz, joven presbítero que andaba por Burdeos pidiendo limosna para las misiones del Congo, ha sido preso por robo de un reloj de bolsillo en una casa de aquella ciudad.

Convicto y confeso de este robo, como de quedarse con lo que recogía para las misiones, llora en la treina su competencia con el jabón.

Pues el móvil de su acción sólo fué, según supongo, probar que el santo varón limpiaba más que el jabón de los príncipes del Congo.

A costa de la indumentaria de los esposos, armáronse de cencerros varias devotas en mal uso reunidas en Burjasot, y pretendieron amenizar con un concierto salvaje el entierro civil de un niño que no había recibido el místico remojón; pero, abandonadas por el cielo al que trataban de servir, el público indignado les rompió los cencerros en las bautizadas cabezas.

Lástima que á la vez de esas tradicionales espansiones de la fe, no conserve también nuestro católico pueblo la costumbre de emplumar á las hembras de esa calaña.

Un sátiro de sotana llamado Pablo Calis, cometió el día 2 de Febrero un acto brutal de lujuria con una niña de seis años, hija de un honrado obrero de Barcelona.

Perseguido por éste, al que amenazó con un revolver, cayó, merced á la intervención del público indignado, en manos de la autoridad; pero ni el juzgado intervino en el asunto, ni el criminal está en la cárcel; y según contestan á las reclamaciones constantes que ante la curia eclesiástica hace el padre de la niña atropellada, el cura, por único castigo, ha sido desterrado á la montaña.

Lo que trasladamos á los montañeses por sí, confiados en la eficacia de la justicia y de la ley, no toman la precaución de esconder sus niñas.

¿Que por qué se zurren los católicos y los cismáticos en Belén? Por si una procesión ha de pasar por éste ó aquel sitio.

¡Y pensar qué hay tantos azadones y tantos picos en la escala de reserva, existiendo esos gañanes místicos que deberían ganarse la vida con ellos!

¡Qué estúpida es la mayoría de la humanidad!

LA RELIGION

AL

ALCANCE DE TODOS

POR

R. H. DE IBARRETA

Hemos puesto á la venta la 24ª edición de esta obra incomparable.

Precio dos pesetas. A los suscriptores de EL MOTIN, como á los de todos los periódicos republicanos, se la daremos á peseta, más 25 céntimos para el certificado, entendiéndose directamente con esta administración.

Los de EL MOTIN que la quieran á cambio del Almanaque, sólo tienen que enviar cincuenta céntimos los de Madrid, y los de provincias setenta y cinco, por lo del certificado.

Imprenta Popular, Plaza del Dos de Mayo, 4.